

BUENOS DIAS

Un libro «de anteayer»

ENRIQUE Roméu Palazuelo nos deleitó el domingo último en estas mismas páginas con una breve y sugestiva crónica titulada «De nuevo La Laguna de anteayer...», en la que nuestro ilustre amigo el conde de Barbate viene a demostrarnos que no sólo cultiva vinos de rancia solera —las cepas las va a buscar a los mamotretos históricos—, sino también sabrosos caldos de recientes cosechas. Porque eso, precisamente, una cuarta de vino, de un vino que sin ser añejo, tampoco es de ayer, sino más bien de «anteayer», como él titula, pero de la mejor calidad, es esa crónica dominical a la que me refiero. Roméu Palazuelo evoca lo que venía a ser «una pasada por el Bar de Mariano» de un grupo de ilustres amigos, en una de esas noches laguneras de «anteayer» —tan distintas, ¡ay!, de las de hoy— y pongo énfasis en el verbo evoca, porque evocar es no sólo evocar, sino hacer revivir, traernos el recuerdo caliente de algo ya pasado, pero que parece que lo estamos viviendo hoy. A todos los personajes citados por el brillante escritor, alcancé a conocerlos, y en las palabras del señor Roméu Palazuelo me pareció reencontrarme con ellos.

Debo decir que no era a esto precisamente a lo que quería referirme, cuando cogí hoy el bolígrafo, pero se me fue el santo a La Laguna. No obstante también relacionado en parte con la vecina ciudad y con el Sr. Roméu Palazuelo es un maestro. A mí me da la impresión de que llegué a conocer alguna vez al marqués de Villanueva del Prado, y es por lo que he leído al ilustre escritor y querido amigo Roméu Palazuelo.

Florilán

IMPRESIONES DE UN VIAJE

El Muro Occidental

ASI denominan los judíos a lo que en el resto del mundo conocemos con el nombre de Muro de Lamentaciones, y a él acuden los sábados, su día santo, gran número de fieles a rogar a Dios, a consolarse, a pedir...

Una serie de espectadores curiosos, entre los cuales me encuentro, contemplamos este sábado en Jerusalén el permanente desfile. Son un número incalculable de ellos y ellas, cada sexo por separado, los que pasan hoy por este Muro Occidental o de Lamentaciones.

Me permito opinar que en todos los países y en todas las religiones existe una crisis de fe y creo que el estado de Israel y el sionismo sufre probablemente del mismo mal. Sin embargo, unos por auténtica fe y otros por costumbre van allí y vuelven con la satisfacción de haber cumplido un deber.

Cerca de este Muro hay dos mezquitas musulmanas: la de El Aksa y la de Omar. Ambas son lugar de peregrinación de musulmanes que de todos los países islámicos vienen a conocer sus maravillas y a orar. Después de La Meca, que es la ciudad santa principal, Jerusalén y sus mezquitas le siguen en importancia.

En todo Israel musulmanes y judíos conviven pero no confraternan. Ahí sí que hay un muro inexistente pero palpable para el observador imparcial cuyo falso muro hace que en los barrios musulmanes habiten exclusivamente musulmanes y en los barrios judíos solamente los de esa raza. Los cristianos deben ser una pequeña minoría casi redu-

milia», del que es autor Don Enrique Roméu Palazuelo, basándose en parte en el material que le ha sido facilitado por mi también estimado amigo Rafael Rivera Tocino. El acto de presentación tendrá lugar pasado mañana día 11 en la referida entidad.

Debo decir que me ha encantado este libro, hasta el punto de leerlo dos veces, costumbre poco frecuente en mí. También éste es un libro que, a pesar de sus ingredientes históricos, es de «anteayer». Muchos de nosotros conocimos a algunos de los personajes que se pasean por sus páginas —el poeta Manuel Verdugo y su hermano Domingo «el del espiritismo», sin ir más lejos y todavía existen en la calle de la Noria, especialmente, algunas de las casas que se relatan en el libro de referencia, entre ellas aquella en la que siendo niño o joven, el poeta Manuel Verdugo colocaba unos símbolos mortuorios, para meterles el miedo en el cuerpo a la gente que pasaba por allí.

Bien, pues aunque aquí, en el libro, el conde de Barbate se somete mucho a las transcripciones y a un rico epistolario, base de la obra, también hace gala de eso que yo denominaba «evocar» y que consiste, a mi juicio, en no supeditarse a un relato frío, por muy «puntual» que, como se dice ahora, sea; sino contándonos con amor las circunstancias en que se desarrollaron los hechos o se desarrollaron las vidas de los personajes. Y en esto, el Sr. Roméu Palazuelo es un maestro. A mí me da la impresión de que llegué a conocer alguna vez al marqués de Villanueva del Prado, y es por lo que he leído al ilustre escritor y querido amigo Roméu Palazuelo.

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

La imaginación y su necesidad

SOBRE la mesa de trabajo, recién recibida una carta que firma «Un cualquiera». Se trata de una carta de quien, por su limpia prosa e ideas, claramente demuestra que el seudónimo no le va, no cuadra con su preparación.

Tras confesarse tinerfeño, tanto por nacimiento como por sentimientos, inesperadamente enarbolaba un pico demoledor y, con paciencia —y también con mucho de saña— va destruyendo, simbólicamente, un concepto que sobre nuestra ciudad y nuestra Isla todos teníamos, tenemos y siempre tendremos.

El firmante de la citada carta lleva toda la razón en algunas de sus apreciaciones, pero no en otras en las que, impulsado por su furia inicial, nos da la triste impresión de que anda por ahí mesándose los cabellos y dando lúgubres alaridos.

No, Santa Cruz no es —ni lo será nunca— lo que el anónimo comunicante piensa. Claramente se nota, leyendo entre líneas, que está influenciado por lo que denomina «mi estancia en tierras americanas y europeas, pero más en las primeras». Lo que sí interesa —y mucho, ciertamente— es en esa afirmación gratuita de ta-

charnos de «pueblo aburrido y abúlico».

Creo que nuestro amigo — pues a todo el que me escribe así lo considero— ha vuelto a la Isla obsesionado por la fiebre de los negocios, la hipertensión nerviosa y los filmes de monstruos del espacio y narcotraficantes, de violencia —demasiada violencia— sexo y temas vanales. Llega nuestro amigo del paraíso del Adán banquero y Eva secretaria y nos juzga —«provincianos», dice textualmente— con demasiada severidad.

No ha visto el amigo la otra cara de la moneda. Como que viene del continente que se jacta de inventarlo todo —excepto, claro está, la felicidad— a una isla en la que hay muchedumbre de gentes que, sin haber inventado nada, viven como si lo hubiesen inventado todo.

La felicidad es simple cuestión de imaginación y los habitantes del continente de donde nuestro amigo llega no tienen tanta como nosotros, los europeos. Aquí casi todos somos felices; y lo somos porque nos da la gana.

Larga, muy larga la lista de defectos que nos envía el anónimo comunicante. Ignoro si podrá contestarle debidamente y am-

pliamente. Empiezo por lo que él denomina «deplorable estado de algunas carreteras de la isla». Efectivamente, algunas necesitan de urgente reparación, pero exagera cuando se refiere a los agujeros —que no simples baches— que son atributos de algunas de ellas.

Se me ocurre preguntarle a «Un cualquiera» ¿por qué habría de arreglarse? Por lo visto ignora que, desde 1935 —¿o 1936?— no viene a Santa Cruz el Luna Park con su célebre «montaña rusa». Con su insinuación de urgente, pronta reparación de tales baches, privaría usted a los conductores de toda una serie de gratas emociones, desconocidas en la Isla desde la marcha del célebre parque de atracciones.

Además, la desaparición de tales baches y agujeros que rompen la piel de asfalto de nuestras vías tendría otro efecto negativo; y, como lógica consecuencia, algo desagradable para la economía: el cese de la fuente de ingresos que significan para la industria mecánica y automovilística.

En justa compensación, permita le diga que en carreteras y demás vías de comunicación se han multiplicado las señales en-

cauzadoras y protectoras de la circulación. Hay que reconocer, por tanto, que no todo son factores negativos. Los atropellados saben ahora que deben su desgracia a la desobediencia y que, el que va por su derecha, por donde le mandan, puede hacerlo con relativa —sólo relativa— tranquilidad.

Y aquí aparece de nuevo aquello de que hace falta imaginación ante todo. Con una mano se ha dado seguridad y tranquilidad al peatón, pero con la otra se la ha quitado el espíritu de aventura que presidía su pasear.

Si se suprimiesen los baches, hoy incentivos de la imaginación del peatón y proporcionadores de emociones fuertes al conductor, ¿qué quedaría entonces? Imaginación, amigo «Un cualquiera», imaginación.

Si la carta que me anuncia sobre el tema de las basuras y la falta de civismo se plasma en realidad —y viene, además, redactada en el mismo sentido crítico— por favor, mándemela. No estaría de más un corto comentario sobre algo, que por desgracia, está fallando lamentablemente en la Isla toda.

Juan A. Padrón Albornoz

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

La Laguna y el Orfeón «La Paz» (y II)

FUE entonces cuando nació el Orfeón «La Paz», al que le llevo unos cuantos años.

Oí sus primeros vagidos, pero pronto empezó a crecer y se hizo mucho mayor que yo. Poco después era tan grande ya que llenaba toda La Laguna. La llenaba y rebosaba. Se echaba fuera. Se expandía y corría por toda la isla. Y por todas partes iba sembrando la semilla generosa cuyos frutos estamos viendo ahora.

Su origen fue, como antes decimos, «Brisas del Teide», pero también nació de «La Fe». La fe, como banda y como fuerza poderosa, capaz de remover mundos. Porque yo digo que aquel nombre, en aquel momento de La Laguna, era algo muy representativo. Muy exactamente representativo. En él estaba el espíritu de aquella Laguna entusiasta y apasionada. Y el de todos los hombres que a través de los años —más de medio siglo ya—, han sabido continuar y extender esta labor maravillosa. Porque nada hubieran podido hacer, nada se hubiera logrado, si no hubiera alentado en su pecho la llama poderosa de la fe.

De «La Esperanza» mejor es no hablar. «La Esperanza» se convirtió poco después en Banda Municipal, y las luchas se acabaron, que nadie lucha cuando el motivo de la lucha, la rivalidad, el estímulo, desembocan en el pliego rayado de una nómina.

He aquí que he hablado de La Laguna. De mi derecho a hablar de La Laguna y de La Laguna que viví cuando era más Laguna que ahora. También he hablado del Orfeón «La Paz». Pero me falta decir algo de Santa Cecilia, y de lo poco que sé con respecto a la música. Que es casi nada. Porque nunca llegué ni siquiera a conocer las notas. De nombre sí, pero nada más. Cuando intenté estudiar solfeo, fracasé. Perdí el sol y me quedé con el feo. Pero un feo subido.

Alguna vez llegué a tocar el piano. Me sentaba ante él y con un dedo pulsaba las notas: Do-re-mi, mi-fa-sol, re-sol, re-sol, mi-do... Nada más que eso. Y así y todo me equivocaba. Quise tocar de oído, y menos. Ahora, con los años, ando bastante mal de oído. Pero entonces creo que andaba peor. Sólo he llegado a tocar el violón.

Sin embargo, he dicho que empecé a vivir en La Laguna. Y La Laguna, toda La Laguna es música. Música en el canto del viento corriendo sobre la vega. Cuando mece las ramas de los eucaliptos de la carretera. Cuando silba en la ocarina florecida de verodes de los aleros. Cuando pone trémolos de bordón y crepitar de primas y calacimbres en las rendijas de las ventanas y en el maderamen tallado de los viejos balcones...

Todo eso: el ambiente musical de La Laguna, la armonía maravillosa de su ámbito sereno, la ciudad lo recogió, lo condensó, lo hizo empresa, afán acucioso de todas sus horas, una entidad que, por aunar todas aquellas esencias, todas aquellas influencias, adquirió el nombre y el apelativo más adecuados. Y fue Orfeón, y fue «La Paz». Orfeón, como compendio, resumen, condensación de todo lo que en La Laguna —¡vieja Ciudad de las Armonías!—, es música, y cantos, y explosión de sonidos prodigiosos. Y «La Paz», que también es palabra llena de sentido, de plena aplicación al ambiente incomparable, confortador y exaltador, de esta Laguna donde todo es placidez y serena espiritualidad.

Pero vamos a volver atrás, por última vez y para terminar, en el caballo de los tiempos. Ese caballo que cuando las cosas van mal no avanza sino paso a paso, ramoneando en todos los yerbajos del borde del camino, y cuando el sol brilla, y la vida sonríe, se echa a correr locamente. Para volver atrás apenas hace falta un ligero tirón de las riendas. Rompe a galopar y cuando queremos refrenarlo no responde ni obedece.

Así me ha llevado a mí a los tiempos en que La Laguna era

marco y centro de mi vida. Años felices de la niñez y primeros de la juventud, cuando asistía a las clases de don Manuel Fijo. Cuando todavía se andaba por las carreteras y las calles a la luz de los faroles. Y las señoras se reunían a comer galletas y tomar vino dulce, entre comadreo y comadreo, en casa de las de Clavijo, y los caballeros, a hablar de política en la rebotica de don Chano.

Por las esquinas también se hablaba de política. Y de música. Que la música y la política han sido los dos temas de conversación preferidos en La Laguna de entonces... y en la de ahora.

Pero entonces nació el Orfeón «La Paz», recogiendo la batuta don Fernando Rodríguez de manos de su antecesor en «Brisas del Teide», don Francisco Delgado Herrera. Y algo más detrás de todo aquello, que es lo que me ha hecho volver atrás en el tiempo. La figura del viejo maestro, creador, fundador principal, pudiera decirse, de toda la afición musical lagunera. El hombre que enseñó música y aficionó a la música a muchas generaciones y cuyo nombre debiera ser escrito con letras de oro donde quiera que se guarde y mantenga viva la llama del Arte en La Laguna. Este nombre es el de don José Tarife, de imperecedera memoria.

Antonio Martí

CARLOS GONZALEZ

Médico-estomatólogo

Comunica la apertura de su consulta dental en la calle La Carrera, nº 10, bajo La Laguna Tfn. 264404

La Policía es tu

AAGN
LAVADORAS
En primera línea
Distribuidor exclusivo
IELECTRO-IRADIND
Polígono Costa Sur.
Tel. 21 52 05
21 55 01
Angel Guimerá 2